

TOMÁS, LOS MARES Y EL MAR

Comentario primero ante la obra de Tomás González

Sebastián Castro T.

Filólogo hispanista. Universidad de Antioquía.

Foto *África mirando a América*, 2014. Selnich Vivas Hurtado.



Cuando mi hermano mayor me regaló el que fue mi primer libro de Tomás González, lo obligué a que escribiera una dedicatoria en la primera página de *El lejano amor de los extraños*. Él, por lo general parco en los gestos de cariño, garabateó con seriedad un breve párrafo que habla de los momentos en que se nos agotan “las palabras que se dicen” y solo queda “refugiarse en los libros que hacen que el viento sople”. No sé si habrá sido un destello de genialidad o acaso la tergiversación de algún lugar común, pero creo que en la improvisación momentánea acertó a describir el carácter fundamental de la obra de Tomás, carácter que me atrevería a nombrar como *poético*. Muchos dicen y escriben *viento* sin que se inmute una pluma. El poeta dice *viento* y este se cuele en el recinto o rompe alguna rama. Es cierto que sus libros hacen que el viento sople. Y esos vientos suelen venir de sus mares. Son brisas saladas que anuncian tormentas.

Si uno regara en el suelo cada una de las páginas que Tomás González ha publicado y luego tomara una al azar, de seguro se encontraría con el mar o alguna evocación suya. Quien entra en esta literatura percibe con rapidez que el autor está obsesionado con ese mundo marino, que este lo atrae fatalmente. A lo mejor, quien lo sigue leyendo sufre de la misma enfermedad. Una que es peculiar cuando se da entre gentes acostumbradas a tener una encerrona de montañas por horizonte, pues no es lo mismo la obsesión por el mar de un montañero que la de un costeño. De ahí se sigue que sean muy distintos los mares de un Roberto Burgos Cantor, aunque a veces confluyan en imágenes similares. En todo caso, es probable que esa patología común sea la fuente íntima de la magia que hace aparecer de entre las páginas del libro, o las letras de la pantalla, las gaviotas que pasan cortando el cielo, la podredumbre del mangle y la presencia amenazante de la selva. El olor.

Palmeras, turismo, paludismo, aguaceros, motores Evinrude, ron y guaro (que también es ron). Estas cosas que nombro no son distintas del mar, al menos no de estos mares, porque *el mar* no es solo esa masa de agua que se aposta al frente de todas las playas del mundo. *El mar* es cada mar, cada unidad de percepción y de espacio en el que asistimos a su presencia; conjunto indivisible de fenómenos que ocurren en nosotros al mentarlo, al estar frente a él o, mejor, rodeados por él y

sus cosas. Por eso, la frase *vamos para el mar* pinta en seguida el cuadro completo de lo que en verdad significa: imágenes llenas de carreteras, de ruptura de la monotonía, de turistas tostándose al sol, de cocos, de calor; de mujeres negras que cargan cosas en la cabeza, que hacen trenzas, que venden arepaehuevo; o llenas de soledad y árboles, de hombres con intenciones ocultas en los saludos corteses, de gente que migra, de caminatas con linterna buscando refugio al presentir la lluvia y el barro.

Sumando rasgos como un acuarelista que esboza retratos, Tomás hace aparecer los mares del Golfo de Morrosquillo, del Golfo de Urabá y esos vastos mares que descaradamente llamamos “del Pacífico”. Los centrales en su obra. De manera que a la vez que desgrana los dramas de sus personajes, escribe mediante ellos un breve lapso de la historia de estos lugares ceñidos a otras medidas del tiempo. Y viceversa; recreando poéticamente los mares a escala humana, logra arrastrarlos dentro de esos dramas para hacerlos actuar —o mostrar cómo actúan— en los destinos de los hombres y las mujeres que emergen de sus palabras.

La escala humana es tal, que pareciera que estos mares tienen una asociación con el punto de la vida en el que se encuentran los personajes. Es inevitable pensar que esas asociaciones emanan de la vida de Tomás, de los momentos en que tales espacios comenzaron a existir o tuvieron un papel relevante en la sensibilidad del escritor. Primero está el mar de la niñez y la adolescencia. Este no podría ser otro que el de Tolú y Coveñas. El mar que ha sido, durante generaciones, el balneario preferido de las clases bajas y medias antioqueñas. Menos pintado por el Atrato y otros ríos que el del Urabá antioqueño, pero pintado todavía, el del Golfo de Morrosquillo es un mar casi tan turístico como el de las lejanas Cartagena y Santa Marta. Allí, seguramente, Tomás conoció el mar durante un paseo familiar. En él, debió ser bautizado por el ardor de la bestia, como ocurre en varias escenas de *Temporal*, quizás su mejor novela. Entonces, aquel mar cálido y dócil, mar-piscina en las mañanas, se le metió adentro para siempre, como a tantos. Me viene una imagen: el niño está tendido en el punto de encuentro del mar y la playa, donde se deshacen en espuma las rompientes. Arrodillado, recoge las conchas que llegan y las pone a secar en el barandal verde de la cabaña. Es casi la misma imagen del poema XLIX de *Manglares*, el libro que recoge la obra poética de Tomás, llamado “Hombre examinando conchas marinas”.

Luego está el mar de la adultez, de la aventura. Como J., el personaje de *Primero estaba el mar*, ese Tomás que me atrevo a

inventar en estos párrafos probablemente buscó un mar más “auténtico”, menos diseñado para la comodidad, menos atravesado por la idea de que el mar es para descansar, como se sugiere en un “vamos para el mar” vacacional. Pues el mar es algo que se le revuelca adentro, no un remanso. Entonces aparece el mar junto al cual él quisiera vivir. Un mar no sin turismo, pero de uno menos intensivo, menos parecido a una postal de Miami. Uno para retirarse de los afanes y la decadencia de la ciudad. Aparece el mar turquesa del Golfo de Urabá chocoano, lo que en el mundo común va desde San Francisco hasta Sapzurro, pasando por Triganá y Capurganá. Y aquí entra también el Pacífico. Ese mar de playas anchas como canchas de fútbol, cuando la marea es baja, y que es visitado por las ballenas, esos seres atemporales. Ambos son mares de selvas, mangles y violencia. De pueblos que viven a pesar de. En *El fin del Océano Pacífico*, más que en otras obras, el mar es además la vía por la que se escapa la sustancia del territorio en su camino a los mundos donde se la transforma, inhala o acumula. Desde casas que la selva y el mar aguardan el momento de tragarse, Ignacio y otros personajes escuchan las motosierras que derrumban monte, ven pasear por la playa hombres armados que encarnan el orden y divisan cuerpos flotantes de muerte que se hinchan bajo el cielo gris.

Como fuentes de sueños o traumas; de juego o contemplación, de riquezas y pérdida, los mares tienden a determinar estas narraciones; pero es la asociación con la muerte el rasgo que unifica definitivamente sus sentidos, su acción. No obstante, se trata de una muerte que no tiene el pesimismo de una desaparición absoluta, sino una confianza tranquila en volver a hacer parte de aquello que, presumimos, durará mientras el mundo sea mundo. Especula sobre la vida y la presencia. En el incesante batir del agua contra la arenisca de la playa, todos seguiremos siendo; quizás no el animal que deja la huella, pero sí una diminuta parte de la huella misma o de la espuma que la borra. Una concha anónima e ignorada en el amplio escenario que evoca quien dice *mar*. ■

